UN ABUSO DE AMISTAD.

Album

11158

UN ABUSO DE AMISTAD.

UN

ABUSO DE AMISTAD.

COMEDIA EN TRES ACTOS.

ORIGINAL DE

D. Francisco Llorens y Cánua.

APROBADA,

Por la Junta de Censura de los Teatros del Reino.

Barcelona.

Imprenta y Librería de Oliveres, hermanos, Calle Ancha N.º 35.

1852.

Es propiedad del autor, quien perseguirá ante la ley, al que la represente, reimprima, ó varie el título, sin su permiso; todo con arreglo á las reales órdenes vigentes, sobre la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán, como reimpresos furtivamente, todos los ejemplares que carezcan de la contraseña, que llevará cada uno de los legítimos.

A la Exma Sra.

Dña. FELIPA de JULIOL y de MANSO

En prueba

DE

Apradecimiento y aprecio S.A. y S.S.

Francisco Lloens y Cánua

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/unabusodeamistad3241llor

Personajes.

—

EL CONDE BRAVO.
CONSTANZA, *su esposa.*
ARTURO, *gobernador.*
MELITON, *su hijo de 10 años.*
CARCER, *capitan.*
BARTOLO, *criado del conde.*
HENEDINA, *camarera de id.*
LÁZARO } *plebeyos.*
VELAZCO }
OSARIO } *verdugos.*
CÉFIRO }
Un oficial.
Un soldado.

Algunos criados y soldados y una danza de Aldeanos.

670104

ACTO PRIMERO.

El Teatro representa un bosque corto.

Escena Primera.

LÁZARO, Y VELAZCO, *con palo en la mano y muy alegres.*

Velazco. Vaya amigo Lázaro, que regocijo y animacion general se nota en toda la villa. Ya se aguarda con impaciencia la entrada de la nueva condesa. Ya se acerca la hora en que debemos recibir á los condes del castillo de san Lorenzo; pues por la calle del Arrabal ha entrado á todo escape un capitan con su escolta dirigiéndose á la casa del gobernador. Todo respira gozo y alegria, y á mas nos ameniza la fiesta el dia hermoso, que con su bóveda celeste y pura y los dorados rayos del sol, resplandecen y brillan los campos de esta famosa comarca y fertil campiña cual otra se haya visto.

Lázaro. Siento un placer tan grande en mi corazon que me llena de felicidad. Esta mañana he hablado con un vasallo del ducado de Moron, y entrando en las costumbres de la condesa Constanza, me ha hecho descripcion tal acerca las cualidades que la adornan, que solo nos prometen bien y prosperidad.

Velazco. Si realmente es asi no habrá discensiones ni

vicisitudes en sus dominios, sino que todos nosotros como fieles y verdaderos vasallos, defenderemos sus poseciones hasta perder nuestras vidas, porque si hijos hay que aprecien á sus padres, es por tener verdaderos padres; así como los vasallos á los condes, los pobres á los ricos; y en fin en todo lo que depende del honor y la virtud porque son la base fundamental de la sociedad.

Lázaro. Vamos pues Velazco á recibir nuestros condes?

Velazco. Vamos al momento, que la hora se acerca á darles mil vivas y mil enhorasbuenas.

Escena II.

MUTACION. *Sala del pabellon del conde con tres puertas, una en el foro, otra en la derecha y otra á la izquierda*: BARTOLO *paseando.*

Bartolo. Ya queda todo arreglado y puesto en un gusto tal, que será de la aceptacion de la nueva condesa; siendo tan amable y buena no dejará de que Bartolo se acuerde de este memorable dia, pues que acabándose por momentos la luz de mi bolsillo, es necesario la recobre por medio de alguna mano protectora. Como yo por mi parte he sabido ganarme el aprecio de mi señor conde, no puedo menos de hacerlo con su señora esposa; ojalá hubiese estudiado anatomía y agricultura que con el tiempo puede ser me harian gobernador de este castillo! pero en fin la paciencia todo lo alcanza, por grados iré subiendo, pues hace ya tres meses que estoy constituido un escelente mayordomo de cocina.

Escena III.

BARTOLO Y HENEDINA.

Henedina. Bartolo, ¿que haceis aqui solito, eh? ¿Porqué no limpiais otra vez la sala? Y como habeis puesto las sillas,

válgame Dios, cuan poca disposicion teneis. Esta silla que debia estar aquí la habeis puesto allá.

Bartolo. Y vos que debiais estar allá os venís aquí. A no ser por quien sois y porque os quiero tanto, ya os habria leido las ordenanzas sobre el arreglo de salas y sillas.

Henedina. *[Cambiando dos sillas]*. Esta silla de allá, la pongo aquí; y esta de aquí, la pongo allá.

Bartolo. *[Cámbia las mismas sillas]*. Esta silla de aquí la pongo allá, y esta de allá, la pongo aquí. Vaya Henedina que sois bien impertinente, cuidado en tocar nada mas; porque Bartolo es Bartolo... y á veces hace bartolinadas.

Henedina. Ya lo creo, como teneis ordenanzas de salas y sillas... Ah ah ah... *[Con risa]*. Mal como no teneis una casa para regir y gobernar.

Bartolo. Pues mal como no la tengo. Mas quisiera yo gobernar que no tener que obedecer; mas quisiera ser amo que no criado, porque cuesta muy poco el mandar como mucho el obedecer.

Henedina. Que hombre tan original, nunca os llegais á enfadar.

Bartolo. Con vos, nunca me enfadaré Henedina de mi alma, palomita sin plumas; cuanto os quiero.

Henedina. Vos á mí? *[Con risa]*. Ay ay ¿con que estais enamorado, eh?

Bartolo. Vaya si lo estoy, ¿que no lo habeis advertido? cuantos requiebros no os he hechado. *[Se oyen cañonazos]*.

Henedina. No por cierto; como vos las cortejais á todas; ¡Oh con el tiempo sereis un gran protector de las mugeres!

Bartolo. Y tal si lo seré. Pues si estuviese en mi mano las casaría á todas, porque no hay cosa mas fatal para una muger que es el tenerse que quedar para vestir imágenes. (*Se oyen cañonazos anunciando el arribo de los condes, y baten marcha y música*).

Bartolo. Ya se oyen los cañonazos, ya llegan los condes, vamos Henedina, criados y servidores salid todos para recibirlos.

Escena IV.

Los mismos y algunos criados van hácia la puerta del foro, y luego entran por el mismo el Conde, Constanza, Arturo, *y* Carcer.

Arturo. Vivan nuestros condes.
Todos. Vivan.
Bartolo. Que vivan para siempre y que nunca mueran.
Conde. Gracias y retiraos. (*Todos vanse por la izquierda*).

Escena V.

El Conde y Constanza.

Conde. Este es el pabellon donde habitareis en compañía de quien os ha elegido por esposa. Con vos seré feliz, porque las escelentes cualidades, el honor y la virtud resplandecen en vuestro semblante. Descansad, descansad [*con amor*] de las fatigas del viaje en el centro de mis dominios, porque este castillo que pisais es el áncora de mis vasallos. Amadlos como á buena condesa, y servidlos si es necesario en cuanto no perjudiqueis las riquezas del estado. No os negueis á dar audiencia á persona alguna cuando yo me halle ausente, escuchad las súplicas y sed caritativa con los pobres, porque haciendo bien se gana el aprecio del que lo recibe; pues yo durante hace ya dos años que entré á suceder el condado de mi difunto padre he obrado así conservando las antiguas posesiones. Cuando he mandado poner alguno en la cárcel, lo he tratado bien, porque bastante es lo que sufre el tiempo que está encarcelado antes de aplicarle la pena establecida por las leyes. Tratad con amabilidad á todos en general pero no os familiarizeis con ellos, porque la demasiada franqueza hace perder el prestigio y desvirtua á los superiores. Si os consideran intercesora por alguna gracia ó alivio, no dejeis de hacerlo, pues que estoy pronto á

satisfacer vuestra voluntad interin no sea en menos cabo de mi honor y de las leyes, porque el que las establece, debe ser el protector de las mismas aplicándolas con justicia. No os son necesarias estas reflexiones por estar animada de ellas; sin embargo, como á buen marido y amante del bien general, os lo he demostrado para que os penetraseis de los sentimientos que abriga mi pecho.

Constanza. Amado conde: (*con espresion*) son tan iguales mis sentimientos con los vuestros, que en este momento se abre mi corazon de amor hácia vos, me regocijo de ser vuestra esposa, pues donde nace el recíproco amor puro unido con el bien y única voluntad, nace y crece la felicidad conyugal, que es el sostén del matrimonio. Sí, querido conde, repito que os amo, y queriéndome tanto vos, digo que soy ya desde ahora la esposa mas feliz que en el mundo hallarse pueda.

Conde. Vamos Constanza, vamos un rato á descansar. (*Vanse por la derecha*).

Escena VI.

—

ARTURO.

Arturo. Ya tenemos á nuestros condes en el castillo. Ya los vasallos han visto entrar á la condesa entre la aclamacion de los vivas y los señales mas grandes de amor y respeto. Todas las miradas se inclinaron al momento hácia ella, una sonrisa llena de encanto y una benevolencia atractiva, animaban su semblante. Los adornos sencillos á la par que gustosos, la pureza de sus facciones y la elegancia de su talle, forman el conjunto de una deslumbrante hermosura. Dios mio¡ Oh bella Constanza que en el momento de veros, un nudo de amor ha atado mi corazon. ¿Como podré resistir al entrar todos los dias en este aposento amando la esposa de mi señor y conde?

Escena VII.

—

ARTURO Y CARCER.

Carcer. Señor gobernador, las danzas aguardan la órden para subir y obsequiar á los condes.

Arturo. Entrad vos mismo y participádselo. (*Vase por la derecha*).

Escena VIII.

—

ARTURO *y luego* EL CONDE, CONSTANZA Y CARCER.

Arturo. Nada mas propio que obsequiar en semejantes casos á las competentes autoridades. Esto prueba bien el aprecio que se merecen.

Conde. Capitan, ya podeis decir que suban los aldeanos, puesto que estamos para recibirlos.

Escena IX.

—

Los mismos menos Carcer que vase por el foro, los Condes se sientan, y luego Carcer y los Aldeanos, Bartolo, Henedina, y demás criados. Los Aldeanos al entrar saludan, bailan vuelven á saludar y vanse por el foro con Carcer, y los demás vanse por la izquierda.

Escena X.

—

CARCER, EL CONDE, CONSTANZA Y ARTURO.

Carcer. Señor conde; un soldado de caballería ha traido este pliego. (*Se lo entrega y el conde lo abre y lee*).

«Señor, vuestras fronteras están amenazadas por el enemigo,

» y asi peligra mucho el castillo de san Antonio. Todos los súb-
» ditos están con gran espectacion, parte de las tropas las he
» destinado á la raya del ducado de Alán; aguardo vuestras
» órdenes y refuerzos de tropas, y creo que para la animacion
» general vuestra presencia es del todo necesaria. Dios guarde
» etc. — Castillo de san Antonio. — Gobernador Ernesto. »

Conde. Dareis orden para que luego se preparen para marchar hacia el castillo de san Antonio, los mil hombres de infantería y los doscientos caballos que todavia están formados. Preparareis mi coche de camino y un famoso caballo de montar, dispondreis todo lo necesario, y dentro breves momentos deseo partir hacia dicho punto. Vos gobernador Arturo quedareis encargado de este castillo y demas posesiones contiguas, dándome parte de cualquier accidente imprevisto; y mi amada Constanza la confio á vos, procurando que vuestra esposa pase algunas horas con ella al momento que regrese de su viaje, porque durante mi ausencia á nadie mejor puedo confiarla que á mi fiel amigo gobernador Arturo. Vamos Constanza, entremos al gabinete para marchar con la prontitud posible, porque al gran mal, pronto remedio. *[Los condes vanse por la derecha y Carcer por el foro].*

Escena XI.

—

ARTURO.

Arturo. Como podia esperar yo que mi señor conde me tuviese en tal concepto, para confiarme en su ausencia la muger á quien en el momento de verla me encendió una furiosa llama de amor en mi pecho. ¡Oh dicha para mi inesperada! Todo se presenta bien; á mi esposa le escribiré una carta para que pase algunos dias mas en la famosa campiña de Villegas; y asi no entrando mas que yo en el pabellon de Constanza, podré declararle mis amores y probar de todos modos hacerme dueño de su corazon, y satisfacer los deseos que sin cesar me devoran.

Escena XII.

—

ARTURO, *y* CARCER *entra por el foro.*

Carcer. Las tropas están formadas para marchar, mi gobernador.

Arturo. Entrad conmigo. (*Entran por la derecha*).

Escena XIII.

—

BARTOLO.

Bartolo. ¡Ay pronto se va á marchar mi querido señor! ¡Oh cuanto diera yo para irme á su lado. Si no fuese porque soy hombre de paz, me gustaria mucho la guerra: porque á decir la verdad la sangre me dá mucho miedo; y así mas prefiero que corra entre mis venas que no que ande por el suelo. Pero en fin, quien no llora no mama, pues para hacer carrera militar es necesario arriesgar el pellejo.

Escena XIV.

—

CONDE, CONSTANZA, ARTURO Y CARCER.

Conde. Si, querida Constanza; sensible es para mí esta marcha inesperada y mas aun despues de encendida la antorcha del himeneo. ¡Ah! los encantos que infundisteis á vuestra entrada, los clamores y vivas que se os dieron, todo contribuyó para aumentar mis amores y vuestro embelezo. Si, hermosa criatura, es hora ya de ejecutar mis designios, de preparar mis batallas y de asegurar un écsito venturoso, pues cualquiera dilacion no podria menos de ser funesta, y así en estos casos se preparan nuevos lauros y coronas al vencedor. No tengo pues

que malograr un instante, es preciso salir de aquí y volar á donde la gloria me llama, pues no quisiera yo abalanzarme á los campos de la victoria sin teneros á mi lado, porque ni todas las riquezas coronas y lauros que puedo adquirir en las batallas, serán capaces de compensar la ausencia por el grande amor que os tengo; pero en fin, asi lo exije el deber á la patria.

Constanza. ¡Ah conde! una conmocion grande agita mi corazon. No podia imaginar que en los primeros dias del enlace, de vuestras dulzuras y amor quedase privada. No quisiera separarme de vuestro lado mientras los peligros y cuidados os ponen en riesgo la vida. Vuestra ausencia turbará mi descanso, y me veré privada de la felicidad que gozamos hasta que regreseis á mi lado.

Conde. Vos Arturo desempeñad como siempre vuestro destino, procurando que se conserve la paz de que disfruta este dorado suelo; y vos capitan Carcer cumplid fielmente como lo habeis hecho, porque prometeis mucho en la carrera,

Constanza. ¡Oh conde! querido esposo dadme un abrazo.

Conde. Venid Constanza á los mios para daros el último adios. (*Se abrazan*). La Providencia haga que mi regreso sea pronto y feliz. (*El conde y algunos criados que se van con él vanse por el foro. Su esposa y los demas lo acompañan hasta la puerta, y luego Constanza vase dentro al gabinete*).

Escena XV.

—

ARTURO Y CARCER.

Arturo. Amigo Carcer: debo manifestaros que mi pecho abriga un secreto tal, que á vos solo debo comunicar. Otros asuntos de mis intereses y vida privada os he manifestado, y así en este momento me valgo de vos para que me deis un consejo siendo hombre de mi confianza.

Carcer. Estoy pronto gobernador á satisfacer vuestra voluntad, pues que agradezco de que me tengais en tal concepto.

Arturo. Sabed que hace ya algun tiempo que estoy ena-

morado de una muger casada por fatalidad, cuya pasion fuerte y terrible turba mi descanso, llegando al estremo de poner en olvido el objeto de mis deberes.

Carcer. Y vive en esta villa? la conoceis bien?

Arturo. En tanto que desde que la ví, jamás de mi imaginacion se ha apartado. La sonrisa de su fisonomía y la modestia y delicadeza de sus miradas, forman un conjunto de gracias irresistibles para mí. ¡Oh amor! ¡Oh pena cruel! Ojalá no te hubiese conocido.

Carcer. Acaso no hay en el mundo otras penas mayores que las del amor? Yo si que puedo decir que vivo solo en este mundo, porque no tengo muger, padres, hermanos, parientes, amigos ni conocidos, conozco á todo el mundo y no me trato con nadie. He sufrido como vos, muchas melancolias en los viajes, en los bosques y en mis campañas. Que vos ameis á una muger nada tiene de estraño, pues todo son maravillas del Criador. Yo he viajado mucho, y en medio de la civilizacion del gran mundo, he visto muchas miserias, mucho olvido en los monumentos de la historia, vanidad en las grandes ciudades, franqueza en las aldeas, y en fin en todas partes no mas que dolores y quebrantos. Lo que encuentro mal es que la muger á quien amais sea casada, pues que querer imposibles en todos modos es una cosa fantástica é ilusoria. Yo tambien he tenido mis pasiones amorosas, y en tocando á imposibles como á vos, solo la filosofía me ha convencido haciéndome penetrar de la razon. A mas, vos sois casado, y por otra parte ¿quien os hace meter en compromisos y enredos de familias? Mi opinion es que lo dejeis en olvido, porque dos modos hay distintos de amor: el uno es querer y ser querido, y el otro querer y ser aborrecido.

Arturo. No todos los hombres son iguales; mi pasion es fuerte é irresistible y ha llegado ya al estremo de sujetar mi voluntad. (*Se oyen cañonazos*).

Carcer. Ya se oyen cañonazos; ya se marcha el conde; Dios quiera que su regreso sea pronto y feliz y que la Providencia guarde su vida; pues que el valor y conocimientos que posee, nada mas prometen, que victoria, paz y prosperidad.

Escena XVI.

—

MUTACION. *El teatro representa una calle*, LÁZARO Y VELAZCO.

Lázaro. Que tal amigo Velazco? que te parece de la entrada que se ha hecho á la señora condesa. ¿No es verdad que es amable?

Velazco. Yo lo creo: vaya si lo es, por vida de san Anastasio que nuestro señor conde ha escojido una escelente costilla. Mira que es muy buena moza, y muy bonita; que pimpollo, no es como la muger del alcaide, que á mas de ser chata y fea parece que al venir al mundo la revolvieron entre polvo de carbon.

Lázaro. Nuestra condesa es hermosa, amable y querida de todos, pues desde que está en el castillo ha repartido ya una porcion de dinero para los pobres, y segun se dice trata de hacer todo el bien posible en favor de nosotros.

Velazco. Dios le conceda largos años de vida para nuestra prosperidad; à fe mia que he vivido yo siempre tan contento que no he envidiado la suerte á persona alguna, ni quisiera trocarla por ningun estilo, pues con mis cabras y mis bueyes y las faenas del campo, vivo tan satisfecho como el mas opulento en la sociedad. Detesto la envidia y la aborrezco; por ella se derriban los gobiernos, se quitan los empleos, se hurta, se asesina, se fomentan las discenciones y en fin es la llama destructora de la sociedad.

Lázaro. Velazco? echemos un trago con alegria y brindemos á la salud de nuestros condes?

Velazco. Pues brindemos.

Los dos. Que vivan por largos años,
Nuestros amados condes,
Que vivan, vivan, vivan
Por ser nuestros señores, (*beben*).

Escena XVII.

—

LOS MISMOS Y UN SOLDADO.

Soldado. ¡Alto! ¿que es esta algazara? que nadie se mueva porque á la menor accion le hecho un culatazo.

Lázaro. Nada, estábamos brindando á la salud de nuestros condes. Si V. señor soldado quiere echar un trago?

Soldado. ¡Ah! eso es otra cosa; venga pues el trago que cuando uno vá de camino le sienta bien en tales casos. (*dan la calabaza al soldado y bebe un trago*).

Los tres. Que vivan por largos años,
Nuestros amados condes,
Que vivan, vivan, vivan
Por ser nuestros señores.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala del Pabellon del Conde.

Escena primera.

—

CONSTANZA, *y luego* ARTURO *entrando por el foro.*

Constanza. Cuan sensible ha sido para mí la rápida marcha de mi esposo. ¡Oh cuan penosa será su ausencia! Pero en fin la salvacion de la patria lo ha destinado allí para cumplir con su deber. La Providencia divina guarde su vida y le proteja en las batallas.

Arturo. A vuestros pies mi señora condesa. (*Saludando*).

Constanza. ¿Hola Arturo, habeis recibido algun parte?

Arturo. Señora ahora os lo traia: una carta para vos y un pliego de gobierno. (*Le da la carta*).

Constanza. Leed el pliego. (*Arturo lo abre y lee*). Arturo. «Quedan algun tanto sofocadas las alarmas sobre las tentativas » del enemigo en el castillo de san Antonio. Mi presencia ha lle- » nado de júbilo á todos los súbditos, y dentro poco tiempo quedará » restablecida la paz de este hermoso suelo. Esmeraos Arturo en » complacer á Constanza, que quisiera ya hallarme á su lado. » Castillo de san Antonio. — El Conde Bravo. »

(*Constanza abre la carta y lee*). «Amada Constanza: pongo » en vuestro conocimiento que mi vida no corre ningun riesgo, » y que la paz de estos hermosos dominios quedará restablecida » luego. Quisiera ya hallarme á vuestro lado porque toda mi » dicha se cifra en vos, pues que dentro poco tiempo creo dis- » frutar de vuestras caricias y dulzuras. Adios querida Cons- » tanza. — Castillo de san Antonio. —El Conde Bravo.»

Constanza. Cuanto me alegro Arturo de recibir noticias tan gratas, pues que no entrando en batallas no pondrá en riesgo su vida ni la de los pobres soldados.

Arturo. ¡Señora: estoy sumamente agradecido del escrito de vuestro esposo, pues yo por mi parte haré todo cuanto sea dable en vuestro obsequio, mayormente... cuando... cuando... mi corazon se siente vivamente apasionado por vos. Si; grande es el amor que os tengo querida Constanza, y ha llegado á tal estremo que buscaba ocasion para poder manifestaroslo, pues que la llama de amor que me devora no me deja sosegar.

Constanza. ¡Vos gobernador apasionado por mí! ¡Vaya! (*con voz fuerte*) Y teneis atrevimiento tal á una condesa! ¿No comprendeis cuan inconsideradas y detestables son vuestras palabras?

Arturo. ¡Ah señora! antes de casarme, cuando estuve en vuestra patria, estaba ya enamorado de vos, pero la distancia que habia desde un capitan que era en aquel entonces á una condesa, no dejó emprender mis planes. La casualidad de haberos casado con mi señor conde y tener que entrar todos los dias en este aposento, son continuas flechas de amor, porque el primero es puro é incorruptible mayormente en un angel como vos, donde la finura de vuestro rostro, la preciosa talle la amabilidad y dulzura, os constituyen una perfecta beldad.

Constanza. (*Con voz fuerte*). Basta, gobernador, callaos. No quiero oir semejantes palabras de seduccion, pues que si insistis en ello, os mandaré poner preso en este mismo castillo y escribiré al conde vuestro atrevimiento.

Arturo. Nada comprendo señora: solo si diré que soy un infeliz amándoos asi, y no siendo correspondido, una afeccion moral pondrá término á mi existencia. Perdonad si os he ofendido;

guardadme este secreto, porque su revelacion no fuese la causa de perder mis honores y tal vez la ecsistencia.

Constanza. Retiraos al momento; salid de mi presencia, que el secreto quedará sepultado en el profundo de mi pecho. (*Arturo saluda y vase por la izquierda*).

Escena II.

—

CONSTANZA.

Es increible lo que me acaba de suceder con Arturo. Solo una pasion fuerte puede haberle inducido á hacerme una declaracion tal. Mi firme decision ha burlado su intento. ¿Pues porque la muger que es amada por hermosa, ha de perder el honor para corresponder á aquel que por su gusto quiere que lo pierda? de ningun modo; si muere, suya será la culpa porque la esposa fiel á nadie debe apreciar mas que á su marido.

Escena III.

—

ARTURO.

Ya está visto: no hay palabras suficientes ni medio alguno para lograr mi fin con la condesa. Su firme resolucion ha burlado mi esperanza. ¡Ah Constanza! me vengaré de tí. Si, te acusaré al conde tratándote de desleal, porque aquel aunque bueno en tocando á los celos perderá el uso de la razon. Buscaré ocasion oportuna para comprometer su honor en presencia de testigos, diré que le he hallado una carta escitando la estimacion de Carcer y así la pondré como la muger mas abominable del mundo. He falsificado la firma del conde con un escrito, en el cual manda que atendida su infidelidad la ponga en un calabozo. Si, me vengaré de tí, vil Constanza, pues que no pararé hasta darte la muerte, porque antes de morir yo por tu desprecio, tu cuerpo estará ya consumido en las entrañas de la tierra. (*Vase por el foro*).

Escena IV.

—

CONSTANZA Y CARCER.

Constanza. Tomad esta carta capitan. *[Se la dá]*. Sin pérdida de tiempo marchareis hácia el castillo de san Antonio. Entregadla en manos propias del conde. Cuidad de que no padezca estravio, pues que su pérdida no fuese la causa de funestas consecuencias.

Carcer. Señora, olvidad todo cuidado que sin falta sereis servida.

Arturo. (*Desde fuera*). A las armas.

Escena V.

—

LOS MISMOS. BARTOLO, HENEDINA. Y ARTURO *y los soldados entran precipitadamente por el foro.*

Arturo. Prended á este vil y atrevido Carcer que con sus dañadas intenciones ha llegado á ser el ídolo de la condesa. ¿Y vos como es posible que querais romper la columna de la fidelidad á vuestro esposo. Soldados, llevad el capitan á la cárcel y vosotros buena gente retiraos. (*Los soldados prenden á Carcer y se lo llevan por el foro*).

Escena VI.

—

ARTURO, CONSTANZA, Y *un* SOLDADO *que entra por el foro.*

Soldado. (*Saludando*). Señor gobernador han traido este pliego.

Arturo. Bien: dádmelo y marchaos. (*El soldado le da el pliego, saluda, y vase por el foro*).

Escena VII.

—

Los mismos menos el SOLDADO.

Arturo. (*Abre el pliego y lee*). «Al gobernador Arturo del «castillo de san Lorenzo.—Amigo: vistos los malos procedimientos de mi esposa, atendida su infidelidad, y visto tambien el comportamiento de Carcer, mándoos que á este lo desterreis en la isla Negra con prohibicion de volver en estas costas bajo pena de muerte; y á mi esposa la pondreis en el calabozo hasta nueva resolucion.—Castillo de san Antonio.—El conde Bravo.

Constanza. ¡Oh fiera maldita! ¡Oh traidor! ¡Oh perverso! que por no haber logrado vuestros planes de seduccion, me habeis acusado al conde como la muger mas abominable del mundo. Infame, vuestra conciencia os roerá de una maldad como esta. Ya os considero desde ahora como el hombre mas terrible del universo. Dios quiera que con vuestras intrigas no os proclameis señor de este castillo. Dia vendrá en que mi inocencia brillará por algun suceso inesperado. Haced lo que querais, os valeis de su ausencia, pues que el abuso de vuestra amistad me ha conducido á este estremo.

Arturo. Soldados, soldados.

Escena VIII.

—

Los mismos, y algunos soldados que entran por el foro.

Arturo. Prended á la condesa y la pondreis en el calabozo de los malhechores, pues es castigo que se merece segun órden del conde. (*Los soldados la prenden*).

Constanza. ¡Oh inocentes soldados que me prendeis, yo tambien lo soy por ser acusada falsamente! (*Vanse por el foro*).

Escena IX.

MUTACION. CONSTANZA *puesta en la carcel. En la derecha habrá una reja y la escena algo oscura.*

Constanza. (*Con voz triste*). Dios mio; como es posible verme encerrada en el calabozo de los malhechores siendo inocente. Este calabozo que en el momento que lo vi me infundió un pánico terror por ser la prision mas horrorosa. Ay de mi, en esta oscura y fria bóveda sin luz de sol, calor ni ventilacion, y privada de los consuelos humanos. Cuan dichosos son en mi comparacion los hombres mas infelices, pues que ellos no están privados de ver la hermosa luz y los campos verdes de sus comarcas. Ojalá fuese en estos momentos la muger mas pobre en lugar de una condesa. Todo me lo han quitado. Tras mi dicha y felicidad me aguardaba este lúgubre calabozo. Pues si ahora paso por delincuente á la vista de los hombres, mi inocencia brillará en algun tiempo cual otra estrella del oriente. Prefiero conservar la virtud que ser deshonrada. Mas quiero consumirme en el abismo de esta prision, que siendo infiel, elevarme al poder mas grande de la tierra. Pues este es mi deber. (*Se oye ruido de llaves y Arturo abre la reja*).

Escena X.

La misma, y ARTURO *que entra por la reja con un farol en la mano.*

Arturo. Vamos Constanza: vengo á visitaros. Mirad que si quereis corresponderme, os sacaré de este lúgubre calabozo, todavia estais á tiempo, y atended que en ausencia del conde nadie mas manda que yo. Evitad de que mi desesperacion descargue sobre vos. Si consentis, os evitaré la muerte, y cuando no, no la teneis muy lejana.

Constanza. Ya os lo dije Arturo que nunca seré infiel al conde, y que este deber sagrado jamas cederá á vuestras intenciones abominables y seductoras. Haced lo que querais, pues que el poder y la calumnia vuestra son las que me han puesto en este estado.

Arturo. ¡Ea pues! si no quereis sujetaros á mi voluntad, os juro que morireis. Si, no hay remedio, morireis.

Constanza. Prefiero morir mil veces antes de tener que avergonzarme á los ojos de Dios y de los hombres. (*Arturo le echa una mirada, vuelve las espaldas con desprecio y cierra la reja con ruido*).

Escena XI.

—

CONSTANZA.

Su palabra terrible de muerte me ha hecho temblar. No hay duda lo hará; su audaz fisonomía descubre una terrible amenaza; sus furiosas miradas, sus labios contraidos y la voz altanera y ronca, nada mas prometen que un fatal suceso. (*Se oye una voz á la reja que es Henedina algo llorosa*).

Henedina. ¿Querida condesa, estais despierta?

Constanza. Una voz piadosa se oye; será alguna persona de bien. El lastimoso estado en que me encuentro me priva del dulce descanso. Dios como justo, castigará al vil Arturo. ¿Quien eres tu? (*Se levanta.*)

Henedina. Vuestra fiel y servidora Henedina. ¡Ah! grande amor os tengo señora! ¡Mas ay que os traigo una noticia espantosa. Esta noche misma debeis morir y es voluntad del conde. No pongais duda; yo misma he oido la orden que ha dado á los verdugos. ¡Ah si pudiera daros un abrazo... esta reja me lo priva. (*Coje la reja con la mano y la encuentra abierta.*) ¡Dios mio está abierta. (*La abre y entra precipitada*).

Escena XII.

—

La misma y HENEDINA.

Henedina. Si amada señora. (*Le da un abrazo*). Siento infinito el haberos dado este golpe fatal, pues la causa del aprecio me ha conducido aquí para despedirme de vos y ver si entre las dos encontrábamos un medio de salvacion. No he podido pegar los ojos durante parte de la noche, y he creido que faltaria á mi deber si no venia á encontraros abandonando

todos los peligros. Si hallais algun recurso para salvaros, decidlo, decidlo, que estoy resuelta á todo para protejer vuestra ecsistencia. Confiadme vuestros secretos sin ningun cuidado, para que no sean sepultados dentro la tumba y pueda demostrar vuestra inocencia.

Constanza. Amada criatura ya que eres tan bondadosa, traeme luz, papel y tintero que quiero escribir. (*Henedina vase por la reja y á la parte de fuera al pié de la misma encuentra un papel.*)

Henedina. Ay señora, un papel inmediato á esta reja. ¡Que será!

Constanza. Traeme pronto la luz y dámelo, amable Henedina. ¡Que será! ¿un papel en este sitio? Si se le habrá caido al traidor Arturo al cerrar la reja con aquel arrojo y desprecio. ¡Ojalá fuese una carta de mi amable esposo, Dios mio, que se me abaten las fuerzas. (*Entra Henedina con un candil papel y tintero.*)

Henedina. Señora, aqui lo teneis; tomad el papel. (*Constanza lo toma lo abre y lee*). «A mi fiel Arturo.—Amigo: Vistos » los informes ciertos y positivos sobre la infidelidad de Cons- » tanza, mando que la deis pena de muerte dentro el término » de dos horas, pues que por adúltera y desleal tal castigo se » merece. Su cadaver lo echareis al mar cerca de la isla Negra. » — Castillo de San Antonio. — El conde Bravo. »

Constanza. Amado esposo, tan inocente eres tu por la muerte que me das como yo que voy á sufrirla. A no haber sido engañado vilmente, no la ordenarias á la muger mas obediente y leal; pero si llegas á descubrir el engaño no te desesperes. Tu siempre me has amado y no eres culpable. A no haber leido por mí misma la sentencia firmada de tu mano no podia considerarte capaz de decretarla. A Dios debes pedir perdon por haber sentenciado precipitadamente; no lo hagas con los demás sin haberles escuchado. Amada Henedina, decid á mi querido esposo que no abandone á mis padres, que el tiempo es corto y no les puedo escribir, que se acerca mi muerte y soy inocente; que le agradezco todo cuanto ha hecho por mi, que cuide bien de sus vasallos teniendo buenos administrado-

res y dignos gobernantes. Que no confie en las personas, porque la confianza con Arturo me ha puesto en este estado. Que escuche las súplicas, y que trate bien á los prisioneros; pues estas lecciones, son las primeras que me dió, al momento de entrar como nueva condesa en sus dominios. ¡Ha! conmigo es la primera que ha faltado. No te culpo, no, porque has sido engañado. Quiero escribir cuatro líneas. ¡Pero...! Las fuerzas me faltan. Escribe tú Henedina, que yo firmaré la carta.
(*Henedina toma una luz, papel y tintero y poniéndolo sobre una mesa ó taburete escribe la carta*).

Constanza. « Amado esposo: puesta dentro el calabozo » lúgubre y triste de los malhechores, y acabándose mi ecsis- » tencia por momentos, voy á comparecer ante el tribunal de » Dios. Estoy sentenciada á muerte como delincuente; pero te » juro ante la faz del Todopoderoso, que soy inocente. Tú has » sido engañado por el vil Arturo. El aflijirme y desesperarme, » de nada sirve; en el cielo nos veremos. Te agradezco todo el amor » que en dias anteriores me mostrastes, yo conservaré el tuyo » hasta la tumba. A Arturo, no le mates, porque una pasion » loca le ha inducido á tal crímen: mi muerte está próxima y yo » no quiero venganza. Dios hará que algun dia brille mi ino- » cencia. —Adios. —Condesa Constanza.» (*Henedina la dá la carta, Constanza la firma, y una vez cerrada, la entrega á Henedina*).

Constanza. Estimada Henedina: único consuelo en los últimos momentos de mi vida; toma esta carta, y guárdala como un tesoro; no la muestres á nadie, y cuando mi esposo vuelva de la guerra ponla en sus manos. Toma querida mia, toma este anillo de diamantes, que por mi consuelo, amor y lágrimas te lo mereces. (*Se lo dá*). Fué un regalo de mi querido esposo, que jamás se habia apartado de mi mano. ¡Ay! no pensaba yo que aquel por quien era todo su bien, me diese la muerte. Aprende de mí, se buena, y confia solo en Dios eterno.

Henedina. (*Con sobresalto*). ¡condesa! se oye ruido.

Constanza. Escapa... huye... huye... apaga la luz que será Arturo el asesino. Dadme la mano, en el cielo nos vere-

mos. (*Se dan las manos*). ¡Ah! me faltan las fuerzas, adios. (*se sienta*).

Henedina. (*Llorando*). Adios. (*Apaga la luz, se la lleva con el tintero y vase por la reja volviendo á cerrarla*).

Escena XIII.

—

Constanza, Osário y Céfiro *entran por la reja.*

Céfiro. Levantaos, Constanza, levantaos que yo soy quien os ha de dar la muerte.

Constanza. ¡Como es posible!... ¡A una inocente...

Osário. Callad y levantaos, pues este es vuestro destino. (*Constanza se levanta, se mueve tempestad y se oyen truenos*).

Constanza. ¡Oh! ¿Vosotros, vosotros sereis capaces de matarme? Mirad á la condesa puesta á vuestras plantas (*se arrodilla*). Si algun mal os he hecho, matadme; si algun delito he cometido, dadme mil muertes. (*Con voz algo fuerte y de sobresalto*). ¡Escuchad!... escuchad esta tempestad que se mueve en los aires. ¿No ois estos truenos, que terriblemente hacen estremecer la bóveda de este lúgubre calabozo. (*Se vé el resplandor de un rayo Constanza se levanta y se oye un trueno muy fuerte*). (Mirad aquel fulminante rayo que ha penetrado por la rendija de aquella puerta. ¡Ah!.. Toda la naturaleza se conmueve y espanta. Siempre que se mueva una tempestad, os recordará la sangre que habreis vertido de mi inocencia. Todos los instantes que os encontrareis debajo de esta fúnebre bóveda, os roerá vuestra conciencia de tan desastrosa maldad.

Céfiro. (*Con voz muy fuerte*). Basta: no mas palabras, seguid con nosotros al campo del desierto, donde debemos cumplir nuestro mandato.

Constanza. (*Llorando*) ¡Dios mio!... ¡Oh vil Arturo!

Osário. (*Con voz fuerte*). Vamos al momento, no hay remedio, debeis morir. (*La toman del brazo y se la llevan hácia la reja*).

Fin del segundo acto.

ACTO TERCERO.

Sala del Pabellon del Conde.

Escena primera.

ARTURO.

(*Con voz algo triste*). Ya queda satisfecha mi venganza. Ya ha muerto la condesa, pues los verdugos me han dado parte de haber cumplido ecsactamente mi mandato. ¡Mas ay! Que siento en mi corazon un presagio de calamidades. Tuve órden del conde para ponerla en la cárcel, aunque injustamente, mas no para darle la muerte. La noticia de que no ecsiste ha turbado mi reposo. (*Con voz algo fuerte y desesperada*). ¡Oh Arturo! ¿Y que has hecho? ¡Maldita pasion amorosa, de que eres la causa! ¿que se me aguarda... la muerte? ¿Como podré escapar de este terrible compromiso? ¡Que desesperacion y rabia no desplegará contra mí el conde cuando sepa la muerte de su esposa. ! Venganza.:. Venganza gritarán todos los vasallos, al momento que tengan noticia de mi acusacion inhumana. ¡Que furor cuando sepan que he falsificado su firma, mandado decretar la muerte de Constanza. ! Oh conde, que abusando de vuestra amistad, y teniendo una muger, fiel y

leal, os he privado de una señora amable, y estimada de todos! ¡Dios mio, cuantos delitos he cometido! La acusacion y muerte de la condesa, la acusacion y destierro de Carcer; y lo mas horroroso, haber mandado arrojar el cadáver de ella, en el profundo del mar cerca de la isla Negra; haber privado al conde del único consuelo que queda á los hombres buenos y cristianos, de visitar los restos mortales. Voy á rasgar el decreto que he falsificado en su nombre. (*Mira la faltriquera y no lo encuentra*). ¡Oh desgracia fatal, no lo encuentro! ¡Estoy perdido! Esto aumentará mas mi crueldad, si llega á sus manos. Es necesario no perder tiempo, pues para salir del apuro... ¡Mas ay, mi imaginacion se turba. (*Se dá un golpe en la frente con la mano*). ¡Oh delito! ¡Oh pasion que desgracias has causado! (*Con voz fuerte y precipitada*) Lo mejor es que esponiéndome á todo riesgo, procure apoderarme del erario y demas preciosidades, intentar una conspiracion, y probar de todos modos hacerme señor de este castillo. Para esto, me valdré de los verdugos, y de la gente mas enemiga del conde, prometiéndoles grandes sumas si salgo con el intento; porque por bueno que sea un gobernante no deja de tener enemigos. No hay remedio es el único recurso que me queda. He recibido una carta del conde, en la que me dice que dentro quince dias piensa regresar á este castillo, ¡El tiempo corre! Hoy mismo debo verificarlo, sí, pues no sea caso que á estas horas sepa la muerte de la condesa, y venga cuanto antes á darme el digno castigo que merezco (*vase por el foro.*)

Escena II.

—

HENEDINA.

¡Que consternacion ha causado á todos los vasallos, la muerte de la condesa! ¿Como es posible amada Constanza que nunca os borreis de mi imaginacion? No puedo comprender como el conde decretó su muerte. ¡Oh Cárcer! Mi estimado Cárcer! Que por la acusacion de Arturo te hallas separado de mi lado y

desterrado á una isla desierta. ¡Ah, si con la sangre de mis venas pudiera sacarte del destierro! Si el escrito que he dirigido al conde, llega á sus manos, todavia me prometo el verte, pero no á la amable condesa, que á estas horas ya no habrán quedado mas que los puros huesos de su apreciable cuerpo. A Arturo, le he visto muy pensativo y confuso, si, le roerá su conciencia, porque conozco el caracter de Cárcer, y conocia bien la bondad de Constanza.

Escena III.

—

La misma y Bartolo.

Bartolo. (*Llorando.*) Ay Henedina de mi alma. mi rostro está bañado en lágrimas. Que trastorno. El pícaro, el malvado de Arturo ha dado muerte á Constanza. Ay condesa de mis entrañas cuanto os he llorado, pues he hechado tantas lágrimas que todo estoy mojado. Ay bolsillo de mi vida que la mano protectora para tí ya ha cesado.

Henedina. Bartolo no lloreis; no querais afligir mas mi corazon, callad toda palabra con Arturo, porque si llegase á oiros se vengaria con vos atrozmente.

Bartolo. Maldita la madre que le parió, y mal como no se ahogó dentro de su barriga. Maldita la leche que chupó. Y maldigo á todos que le vieron nacer, porque no le aplastaron como una sardina.

Henedina. Bartolo es necesario que nos vayamos, porque he oido ruido y temo que nos escuchan.

Bartolo. A tu disposicion estoy, serafin de serafines, librémonos pues de las garras de este lobo marino, que si me llegase á cojer ya me daba por perdido.

Escena IV.

—

Arturo, *entrando por el foro.*

¡Que estraño! He mandado comparecer á los verdugos y no

se hallan en la villa. He dispuesto se tomasen todas las indagaciones, y en ninguna parte se encuentran. ¡Pronóstico fatal. ¿Si el conde á estas horas, sabrá la muerte de Constanza? No hay duda. (*pensativo*) Terrible paso, como saldré de la empresa?.... La revolucion no puede tener efecto, porque el amor al conde es escesivo en estremo. (*Pensativo*) ¿Me mataré? No, de ningun modo. A ver discurramos un medio para salir del enredo (*Se asienta, se pone la mano en la frente, está un rato pensativo y se levanta con rapidez*): *con voz fuerte y algo desesperada*) ¡Ah.. no lo encuentro! Mi corazon da unos insoportables látidos, el roedor gusano de la conciencia me consume! El único recurso es apoderarme del erario, salir de incognito, y ver si puedo pasar á pais estrangero. ¡Adios honores! ¡Adios reputacion! ¡Adios destino..... y Adios vida, si es que pueda salvarla. No hay remedio, estoy perdido, voy á mi intento, y salga como salga (*va á salir por el foro*).

Escena V.

El mismo. Un Oficial y soldados *que entran por el foro lo detienen.*

Oficial. Alto ahi, gobernador! Deteneos.

Arturo. ¿Como es esto?

Oficial. Soldados, agarradle al momento, y si resistis aqui os paso. Tengo órden del conde para poneros á la cárcel, y en el calabozo mas oscuro, donde pusisteis á Constanza. Pues, vos le habeis dado la muerte, igual suerte se os aguarda.

Arturo. ¡Oh acusacion! ¡Oh delito! ¡Oh justicia de Dios, que es la mas sagrada y santa; pues mereciendo la muerte ya podeis dármela al instante.

Oficial. A nadie puede sentenciarse, sin oir primero sus descargos. Vamos, seguidme soldados, llevadlo pronto á la cárcel. (*Lo prenden y vanse por el foro*)

Escena VI.

—

BARTOLO Y HENEDINA.

Bartolo. Ya se llevan al bribon, al cuadrupedo, al demonio disfrazado. Henedina mia. ¿Si se habrá descubierto algo? Ya me parece que de Arturo se harán albondiguillas con estofado.

Henedina. ¡Y se lo llevan preso! Ay, ay.... Si veré á mi amado Carcer?

Bartolo. Mal como no le veo atado por el pescuezo, lo mismo que un conejo, sirviendo de araña, en una sala de recreo. (*Se oyen gritos de viva y baten marcha*).

Henedina. ¿Bartolo? ¡Se oyen gritos de viva!

Bartolo. ¡Y tambien estan batiendo marcha!... si será el conde?

Henedina. Sí, vamos á recibirlo. (*Van hácia el foro*).

Escena VII.

—

Los mismos. El CONDE *un* OFICIAL Y SOLDADOS.

Bartolo y Henedina. Amado señor (*llorando*) sentimos como vos la muerte de la condesa.

Conde. Así lo creo, fieles y servidores criados. Pues ya que he quedado sin mi amada Constanza, por el vil é infame Arturo, he mandado libertar á vuestro querido capitan Carcer inocentemente acusado. Vos, Henedina, único consuelo de mi esposa, sereis recompensada. He recibido vuestra carta, la cual me ha llenado de horror y espanto, pues ella ha sido la causa de anticipar mi marcha, para que el traidor, del castigo no escapase. ¡Ea! Oficial, traed luego Arturo á mi presencia (*El Oficial y soldados vanse por el foro.*)

Escena VIII.

—

Los mismos menos el oficial y soldados. El conde se sienta, Henedina le da la carta y el decreto falsificado, lee una tras otro, y concluido da un fuerte golpe con los pies en el suelo y se levanta.

Conde. !Oh Arturo! ¡Oh mónstruo vomitado del abismo! Oh falso amigo que abusando de mi amistad me has robado de la tierra el único consuelo!

Escena IX.

—

Los mismos. Un OFICIAL, Y ARTURO *en medio de dos soldados, que entran por el foro.*

Conde. ¿Que te hice, Arturo.... di? Que te hice, para que me trajeses esa calamidad? ¿Que te hizo mi esposa, para que la matases? ¿Eh no respondes?... (*le enseña el decreto y se levanta*) ¿Conoces esta firma? (*con arrogancia*) Es mia, si, pero tu las has falsificado, porque jamas hubiera yo sentenciado á mi fiel y verdadera esposa, sin haber averiguado el hecho por mi mismo. ¡Ah infame, que acusaste á mi amado Carcer, á quien desterré por tu culpa! (*con voz fuerte*) Ah traidor, no respondes?...

Arturo. (*Confuso*) Señor, una terrible pasion me cegó; vuestra esposa es inocente. Yo fuí quien la queria seducir; como no quiso prestarme oidos, yo delirante traté de vengarme de ella, pues que igual venganza temia yo de vos, si ella os decia la verdad ó llegaseis á descubrirla.

Escena X.

—

Los mismos, y un SOLDADO *que entra por el foro.*

Soldado. (*Con alegria*) ¡Señor conde! ¡Os traigo una noticia la mas placentera! Sabed pues, que vuestra esposa vive

aun por la bondad de los verdugos que debian matarla. Viene en compañia del capitan Carcer, un niño y dos hombres: regocijaos, regocijaos.

Conde. ¡Dios mio!... ¡Que es lo que decis!.. ¿Es posible?

Soldado. No pongais duda señor, pues que estando en la orilla del mar he visto como desembarcaban.

Conde. ¡Dios de bondad! ¡Beneficio inesperado. !Oh Providencia Divina, que todo bien de ti dimana. ¡Vamos Henedina, vamos á encontrarla! ¡Criados, salid todos, que este es el gozo mas grande. (*Se oyen gritos de viva, y baten marcha*).

Henedina. Señor, parece que la incertidumbre no deja del todo alegrarme. (*Se oyen gritos de viva y sonido de cajas*).

Conde. ¡Gritos de viva!.. ¡Ella es, si!

(*Todos se dirigen hácia la puerta del foro. menos el oficial, Arturo y soldados*).

Bartolo. Ahora si que mi bolsillo recobrará los atrasos. Pues yo voy á recibir la condesa y á paso redoblado. (*Anda á prisa*)

Escena XI.

—

Los mismos, CONSTANZA, CARCER, MELITON, OSÁRIO, *y* CÉFIRO *entran por el foro. Los* SOLDADOS *se ponen á un lado, y los* CRIADOS *á otro.*

Conde. ¡Que veo! ¡Oh Constanza!

Constanza. ¡Dios mio! querido Conde! (*Se abrazan y están un rato inmóviles, Arturo con la cabeza baja y confuso*).

Conde. Erais vos, si, adorada esposa (*con alegria*) ¡Ah, perdonadme! Casi no me atrevo á miraros con aquella dulzura de amor de que habiamos gozado. Si, yo mandé poneros en la prision, mas no daros la muerte; pues que el vil Arturo falsificó mi firma abajo el decreto. (*Se va á arrodillar*).

Constanza. Levantaos, querido esposo. (*Se levanta*). Jamas me he irritado contra de vos; se que siempre me habeis amado, y que no erais culpable en la pena que debia su-

frir: venid á mis brazos, esposo mio, que este es el dia mas dichoso de nuestra vida. (*Se abrazan*).

Carcer. ¡Querida Henedina!

Henedina. ¡Estimado Carcer! Dia de gran placer es para todos. (*Se abrazan*).

Bartolo. ¿Henedina con quien os abrazais? Pues yo como quedo? Me abrazaré á mi mismo. Ay, Bartolo de mi vida, me voy abrazar con esta silla. (*Hace como si quisiese abrazarla*).

Conde. ¿Como fué pues Constanza, que os librasteis de la muerte?

Constanza. ¡Oh conde! Despues de haber sufrido las horas mas amargas de prision: despues de haberos escrito el hecho de la verdad, seria á media noche, cuando de repente se abre la reja de la prision y entran los verdugos. Mi corazon se cubre de horror y espanto, y en aquel momento de amargura y dolor, me sacan al campo del desierto destinado para mi muerte. Allí en medio de la soledad, les dije: ¿Que os he hecho terribles criaturas, para matarme? ¡Mirad, como el cielo se va encapotando dentro aquel negro manto de nubes, y la luna se esconde tras él. Escuchad.... el triste canto de las aves nocturnas. ! Ah toda la naturaleza se conmueve y espanta; temblad y detened vuestro brazo, que Dios os está mirando desde su trono celestial! Al momento Céfiro hechó la espada por el suelo y dijo: esto me parte el corazon, dejémosla vivir que creo es inocente. Y Osario contestó, dejémosla, tienes razon que no ha hecho mas que bien. Yo diré á Arturo, que hemos cumplido lo mandado, y que tu vas á echar el cadáver al mar. Como en efecto, al apuntar la aurora, nos fuímos á la orilla del mismo, y embarcándonos en una lancha partimos para la isla Negra. Llegamos á ella, y al momento vimos al capitan Carcer. Ya podeis figuraros la alegria que hubo en tal encuentro. Allí nos alimentábamos de los peces que cojiamos, y alguna fruta, pasando los dias con tranquilidad, anhelando regresar á este adorado suelo; pues al momento en que llegó el oficial para libertar á Cárcer, quedando sorprendido de mi presencia, nos embarcamos todos junto con este niño, llegando con felicidad gracias al Omnipotente.

Conde. ¿Y como llevais este niño, donde lo encontrasteis?

Carcer. Ah Señor: un dia en que el mar estaba alborotado hallándome en las rocas de la isla, vi una lancha, que á toda furia se arrojaba en la misma; y al terrible golpe se abre por en medio, echando á este hermoso niño entre sus rocas. Lo tomé y prorrumpiendo en un gran llanto, le dije: No temas, no, preciosa criatura, estás en manos de un protector de tu vida. Ven, que te llevaré en presencia de una amable señora, y entre ella, y yo, te estimaremos como padres. En tal nos tenemos tanto aprecio, que es todo nuestro ídolo y encanto.

Conde. ¿Y como te llamas?

Meliton. Meliton es mi nombre, querido señor, poniéndome á vuestras plantas, para lo que os sirvais mandarme (*se arrodilla*).

Conde. Levantate querido Meliton ¿Y de que manera fuistes á parar á la isla, y de que tierra eres?

Meliton. Mi padre era cristiano, natural de estos paises, y estando un dia pescando en un barquichuelo, fué preso de los piratas moros. Se lo llevaron á África. Allí en aquel pais se casó con una mora, y el único hijo que tuvieron fuí yó. Murió mi madre, y no contando yo mas que cuatro años, salió mi padre para cierto negocio, y antes me hizo unas señales en el brazo que son una cruz y una letra M. [*Arturo se conmueve y fija los ojos á Meliton*] No regresó jamas, y privado de sus caricias, un moro me tomó de su agrado para viajar en su compañia. Nos hicimos á la vela, y estando en alta mar se alborotó de tal modo con un uracan tan fuerte, que todos los de la fragata se echaron al agua para salvar sus vidas. Pues estando el barco ya lleno y temiendo sepultarme en el abismo, abandoné mi vida en la pequeña barquilla, y revolviendola las olas de una á otra parte y estando en eminente peligro, se estrelló entre las rocas de la isla Negra; y allí por la bondad eterna, me encontré con este amable capitan y con esta bondadosa señora, los cuales son todo mi aprecio, y no los dejaré si es voluntad suya, porque grande es el amor que les tengo.

Conde. Bien, ya que eres de mi esposa estimado, te quedarás en compañía nuestra.

Constanza. Cuanto lo agradezco conde, pues no haceis mas que satisfacer mi voluntad.

(*Arturo se sale de enmedio de los soldados y se arroja á Meliton*).

Arturo. ¡Ah querido hijo, tu serás!

Conde. ¡Como es posible que veo!

Constanza. ¡Dios mio que arcano!

(*Arturo mira el brazo á Meliton reconociendo las señales, y está algo vacilante*).

Arturo. ¡Si, tu eres, hijo mio! (*abrazándole con ternura*). ¡Oh momento el mas feliz, á no coincidir con el que voy á dar fin á mi existencia! (*con admiracion*)¡ Si hijo mio, ven á disfrutar de las caricias de tu amado padre, (*le abraza*) de quien le hallabas privado. (*Lo suelta con señal de inadvertencia, y se vuelve al conde*). Perdonad señor, efectos del mas paternal amor, sofocar no pueden los insoportables y violentos latidos del mas criminal corazon. (*Vuelve á abazarlo*). Sí ,en el momento de verte despues de perdido por tanto tiempo, voy á privarme para siempre de tí [*lo suelta mirándolo con ternura*]. ¡Hijo mio, sí, voy á morir, y no es la muerte lo que mas siento, sino el negrísimo borron con que dejo manchado mi nombre para con la culta y honrada posteridad! ¡Hijo idolatrado, (*lo abraza y lo seulta*) démonos el eterno adios, recibiendo por herencia ó cual precioso tesoro, de guardar indeleble durante tu vida la apreciable joya de la virtud; y así saldrás vencedor de la mas débil de tus pasiones, para evitar el fin fatal en que encuentras á tu desventurado Padre!

Conde. ¡Dios mio, que escena!

Constanza. ¡Yo no se lo que pasa!

Meliton. Padre mio. (*lo abraza llorando*) ¡Vos, vos debeis morir! ¿Y quien puede en estos momentos salvar vuestra vida? (*lo suelta*) Decidlo. Decidlo.

Arturo. (*Confuso, se vuelve á los condes*). Solo este generoso señor, y esta bondadosa señora.

Meliton. (*Se arrodilla á los pies de los condes, y con espresion*) ¡Señores, ya que mi padre debe morir, y que en el momento mas feliz á tal encuentro voy á verme privado para

siempre de sus dulzuras; ya que no hay remedio para salvar su existencia: una gracia os pido; y es, de que muera yo tambien junto con él para hacerle compañía en el sepulcro ¿Si querido señor, me matareis? hacedlo, hacedlo, que os costará muy poco; pues yo no quiero abandonar á mi padre de ningun modo.

Constanza. (*Con voz alegre*). Olvidemos dias de delirio, olvidemos dias de rencor; que la venganza nunca cabe en el pecho noble y leal. ¡Oh conde, salvadle la vida, pues que os pido esta gracia por un favor singular!

Conde. Levántate Meliton (*se levanta*), que ya salvo la vida á tu padre; siendo la voluntad de Constanza, es tambien la mia en tales casos. Solo sí, para que no quede impune, un delito tan criminal, desde ahora quedais despojado de vuestros honores y destituido del empleo, y para castigar el crimen, quedareis desterrado en la isla Negra, por espacio de un año.

Meliton. Gracias os doy señor, por un beneficio tan grande.

Arturo. Señores (*se arrodilla*). Agradezco vuestras finezas. ¡Ah condesa, como podia esperar yo que mi querido hijo, tuviese que hallarse bajo la proteccion y amparo, de la muger á quien yo por una pasion criminal quise darle la muerte. ¡Oh arcanos de Dios! Oh secretos incomprensibles; que todos de tí dimanan.

Constanza. Levantáos, que ya teneis el perdon; pues que mi inocencia vuestro crimen ha burlado. (*Arturo. se levanta*).

Conde. A vosotros, Céfiro y Osario, por haber salvado la vida á Constanza, os hago alcaides, al uno de este castillo, y al otro del de san Antonio. (*Se vuelve á Carcer*) A vos Carcer, fiel capitan, único y verdadero amigo, desde ahora os hago gobernador de este castillo, que de justicia mereceis. Y atendido á la estimacion que teneis con Henedina, deseo que si es vuestra voluntad os caseis los dos.

Henedina. Apruebo esta resolucion, por ser mi modo de pensar.

Bartolo. Henedina, os equivocais, teníamos que casarnos los dos; pues que aprobando esta resolucion, me quedo sin paz y sin vos.

Carcer. Toda mi dicha y ventura, se cifra en vos Henedina, y así desde este momento os elijo por esposa mia.

Conde. Querida Constanza; este triunfo, vuelve vuestro reposo, vuestra reputacion y honor. La felicidad y las caricias, vuelven á entrar nuevamente en los hogares domésticos de este pabellon. ¡Ah, en cualquier ocasion que os haya arrojado la suerte, jamas se ha visto ni se os verá, rasgar cobardemente el escudo de la fidelidad, para acariciar hombres viciosos y complacer sus intentos. Pues en medio de los desórdenes y bajezas de Arturo, donde flotaba su ridículo poder, ha brillado la estrella de la inocencia salvando vuestra vida.

Constanza. ¡Oh conde, vuestra fiel y verdadera esposa, será siempre Constanza hasta la muerte.

Conde. Pruebas de ello teneis dadas, con lo mucho que habeis sufrido.

Constanza. ¡Oh dia, de felicidad!

Conde. ¡Oh dia, el mas dichoso!

Los condes. Que toda nuestra vida, nos recordará infinito.

Carcer. Que vivan nuestros condes.

Todos. Vivan.

Conde. Siempre la virtud y la inocencia, arrojarán, el vicio y el delito.

FIN.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.—Madrid 5 de junio de 1851.—Aprobada y devuélvase.—Juan Valero y Soto.